

PARTO SIN DOLOR

El salón de subastas del Eurobuilding no debía de resultar el mejor marco para la presentación de una central obrera. Sus promotores, al menos, se sintieron en la obligación de justificarse ante los periodistas. Con silbina palabras que —a decir verdad— nadie entendió, explicaron que se les había denegado la contratación de otro local mucho más acorde con aquel acto.

Durante cerca de hora y media, los siete responsables del nuevo parto sindical, presidentes todos ellos de alguna UTT, intentaron dar a conocer a los reunidos el porqué de la central que propugnan.

En su manifiesto, que leyeron públicamente, los señores Cuadrado, Tijeras, López López, Lojo Fondiño, Morales y Torres Cáceres comienzan explicando cómo por simple exigencia moral de sindicalistas democráticos venían luchando desde hacía algún tiempo dentro de la propia OS por un cambio radical en sus estructuras, lucha que se evidenció particularmente "con ocasión de la LXI Conferencia de la OIT y de las declaraciones de las Mesas de los Consejos Provinciales de trabajadores de Galicia, Andalucía y Extremadura, duramente criticadas en los sectores reaccionarios de la OSE". Armados de esa autoridad moral de luchadores en el vientre mismo de la ballena, los siete sindicalistas denunciaban acto seguido como antidemocrático cualquier posible pacto que pudiera establecerse en torno al desmantelamiento de las estructuras de la OS entre el Gobierno y las coordinadoras ilegales hoy existentes.

Según ellos, son muchos más los trabajadores que no se sienten representados ni por unos ni por otros, y que "aunque sólo sea por el hecho de haber pagado una cuota", tienen pleno derecho a hacer oír su voz y emitir su voto.

Las alusiones a la dependencia entre sindicatos y partidos políticos se vuelven, en el manifiesto, acusaciones directas contra las Comisiones Obreras: "El ideal unitario que CC. OO. representaba, y que tanta aceptación tenía en la base, ha sido de alguna manera defraudado al confesar su máxima representación la pertenencia al Partido Comunista".

La política parece ser, en efecto, la bestia negra de estos sindicalistas. Después de cuarenta años de politización —trató de explicarnos el presidente de la UTT del Metal de Alicante—, el trabajador comienza a estar harto. Hábilmente su compañero de la UTT de la Información le salló al quite: los cua-

renta años de franquismo habían producido de hecho una apatía en el ciudadano, pero no era tarea suya poner remedio a esa situación. El movimiento obrero debía ser apolítico.

Tal era el caso y la virtud de la nueva central: "No tenemos a nadie detrás", explicó el señor Torres Cáceres. Y ante la maliciosa sonrisa de algún periodista, se apresuró a aclarar: "Por supuesto, me refiero a grupos políticos y no a militantes".

Para demostrar en cualquier caso su seriedad de intenciones, los promotores de la nueva central, provisionalmente bautizada Confederación Sindical Obrera, hicieron solemne promesa pública de conservar su virginidad frente a cualquier posible requerimiento partidario mientras ocupasen en aquélla puestos de responsabilidad. Todo un ejemplo.

A la hora de pronunciarse sobre el modelo de sindicalismo europeo al que más se aproximaba el defendido por ellos, se mostraron hábilmente eclécticos: "Hemos tratado de recoger lo mejor de todos para hacer uno que sea superior a los demás".

En absoluto les preocupaba el tema de la "legalidad" o "ilegalidad". ¿Si debían pasar por ventanilla? Sería en última instancia la base quien decidiese democráticamente. Una base sobre la que, prudentes, no aventuraron ninguna cifra: "No hemos abierto banderín de enganche".

Tampoco pensaban dimitir de sus actuales cargos sindicales. Es este punto demostraron un saludable "horror vacui". Había que tender un puente entre lo hecho y lo que estaba por hacer, y si bien propugnaban una transformación en profundidad de la actual OS ("reforma", "ruptura", eran para el señor Torres Cáceres términos sobre los que no valía la pena discutir), no creían que pudiera hacerse tabla rasa. A pesar de lo cual, no era —claro está— continuista: "No queremos un sindicato de participación, sino de reivindicación".

Proclamándose "socialistas de pensamiento" por razones tan obvias como la de que desde el momento que defiende sus intereses un obrero se comporta ya como socialista, reivindicando la huelga como instrumento de lucha —aunque sin renunciar, por supuesto— al diálogo y la negociación pacífica, y afirmando al propio tiempo su total incompatibilidad con los sectores más cerriles de la actual OS, estos "sindicalistas sin hipotecas" intentan ahora quemar etapas para estar también presentes a la hora del reparto. ■
JOAQUIN RABAGO.

La Capilla siXtina

ROTA O ROJA

DE regreso de vacaciones encuentro el país muy agitado por el asunto de las nacionalidades. Próceres políticos de la derecha han vuelto a decir: Preferimos una España roja que rota. Tate. Los rojos cometeríamos un grave error si tomáramos al pie de la letra esta afirmación. Las derechas dijeron algo parecido cuando los debates del Estatuto Catalán en las Cortes de la II República y luego no dejaron ni "rojo" ni "roto" con cabeza. Un servidor es racionalista de toda la vida y parte del principio de que este país sólo será habitable cuando tenga mecanismos racionales de funcionamiento de pactos sociales, políticos y estatales. Encontrar mecanismos reguladores paralizadores, de esos que tratan de convertir la Historia en una foto fija, es relativamente fácil. Encontrar mecanismos que asuman la perpetua necesidad del cambio histórico es muchísimo más difícil. Al estallido de los "nacionalismos" se opone un estallido de "españolismo" que va desde el ortodoxo-tradicional-fusilador al heterodoxo-democrático-obrerista. Veo más emoción que razón en las actitudes encontradas y, sin embargo, creo que la tensión actual era previsible, lógica e incluso deseable porque los problemas sólo se solucionan cuando se plantean.

Se aconseja a los nacionalistas y regionalistas que no se pasen, que no levanten el fantasma del cantonalismo. Un buen consejo que merece otro. Que no se pasen tampoco los instauradores de la democracia en su afán de ocultar el problema de las nacionalidades en la trastienda, para una segunda parte de las negociaciones. Decla el joven Marx que los problemas de un país sólo puedes analizarlos a fondo si has vivido en él y has comido su pan, bebido su vino. Y el problema de las nacionalidades oprimidas basa gran parte de su planteamiento en el pan y el vino, en las duras, humillantes, podridas vivencias de cada día, durante décadas, incluso siglos. Si leemos las Memorias de las firmantes del Pacto de San Sebastián comprobaremos que también ellos se irritaban por la machaconería, insistencia, reiteración de los delegados catalanes que no querían ver postergada su cuestión. Hemos asistido a pueriles análisis posteriores sobre hasta qué punto "los separatismos" excitaron a la ultraderecha y la forzaron a la contundente reacción de la guerra civil. A la ultraderecha lo que la puso en el disparadero fue el tibio intento de racionalización que la II República trató de implantar en todas las instancias de la vida colectiva: estatutos, reforma agraria, legislación laboral, reforma del aparato cultural. La derecha, con querida en la calle de Alcalá, echó en cara a la República la Ley del Divorcio. La derecha vendepatria que había enviado sus capitales al extranjero fue la que acusó a la República de romper España con su política de Estatutos. La derecha pistolera blanca acusó a la República de impotencia ante el pistolero rojo.

Racionalicemos los ritmos de las demandas, pero no caigamos en la trampa de creer que nos prefieren rojos o rotos. Nos prefieren muertos, y si han tenido que asumir la evidencia de que el motor de la Historia no muere, lo han hecho a regañadientes y siguen con una mano en la pistola sobaquera. A Felipe González le han llamado patriota y yo que él estaría preocupado. Toda la izquierda española debe estar preocupada ante el renacimiento del mito argumental de la España roja o la España rota. Tranquilidad. Necesitan construir unas reglas del juego y que juguemos. La razón siempre ha sido nuestra, y el racionalismo nuestro, instrumento para aprender la realidad. O el asunto de las nacionalidades entra en esas reglas racionalizadas o nos vamos a tirar las patrias por la cabeza. ■

SIXTO CAMARA